

COMO

HACE
VEINTE AÑOS

Con suave lentitud venía insinuándose la noche, y en el gris vespertino, una brisa salúfiera aportaba un calmante á las ardencias de la tarde estival.

Pasado el sopor del bochorno, los cuerpos experimentaban la intensa satisfacción del funcionamiento regular de los órganos. Era uno de esos instantes en que los hombres sienten la necesidad de ser buenos por imposición de la calma, pues es sabido que la bondad es estática, así como la maldad es un sentimiento en acción.

Y en tales circunstancias se encontraba don Heriberto, cimarroneando y charlando con Pedro Luis, el donjuanesco gauchito del distrito, cuya conducta le traía avinagrada el alma. Cuando le diera cita, su espíritu ardía en rencores, dispuesto á increpar y á castigar; mas, allí, en la apacibilidad de la tarde moribunda, descolorida y silenciosa, vióse invadido por un sentimiento de contemporización y de perdón.

Bajo la entreabierta camisa de percal rayado, veíase su rudo pecho veloso alzarse y bajar regularmente al influjo del sereno latir del corazón. En su rostro enérgico reflejábale el alma en reposo.

—Sí, amigo — dijo; —yo siempre tuve confianza en vos, porque sé que las locuras son cosa común en la moza... Al principio, cuando me enteré de la falta de m'hija, me dió rabia... ¿á quién no le sucede lo mismo?... pero después juí pensando que tuito se arregia, habiendo gana, y que los hombres hablando se entienden... Yo te conozco á vos... La muchacha es güena, no mal parecida y te quiere una barbaridad... ¡Hace dos días no come la pobrecita!... Después, el año ha venido bien... Doscientas reses,



una majadita y poblacion les puedo dar.
Don Heriberto había dicho lo que antecedía, con voz tranquila y calmosa, observando á Pedro Luis, quien con la vista en el suelo, guardaba silencio, golpeando con la caña de la bota con el rebuque. Tras una pausa interrogatoria, el viejo preguntó directamente:

—¿Qué decis?

—¿Qué quiere que diga!...

—¿No te vas á casar con Lola?

—Ven, don Heriberto... por acá, más adelante, no digo... pueda ser mejor bien...

—¡Ya sé! ¡ya sé! — exclamó el gaucho; y sofrenando un impulso, continuó diciendo con fingida calma:

—Hace veinte años, un picaflor como vos, engañó como vos á mi hermana, y me cinto, y alzó el poncho, como vos, y como vos se puso á materiarlos. Hicimos que un día mi padre lo hizo venir aquí, bajo esta mesma ramada, sentados como estamos sentaos, él le hizo las mismas reflexiones que yo te hice y el otro contestó lo mesmo que contestastes vos.

Y entonces, el viejo que entuavía era fuerte, se levantó del banco!...

Don Heriberto uniendo la acción á la palabra con la firmeza tal, que Pedro Luis no pudo oponer resistencia, continuó diciendo.

—¡Lo agarré en la mano, por el pescuezo, y apreté! apreté y apreté!!! apreté!!!... ¡y al fin lo to á sus pies!...

Y efectivamente, Pedro Luis se desplomaba estragado al lado.

Don Heriberto, con el rostro enrojecido y bañado en sudor, y la mirada extrañada y las manos presas de un temblor convulsivo, exclamó mirando el cadáver:

—¡Lo mesmo que yo hace veinte años!

JAVIER DE VIANA